

LA ESCUELA FRANCISCANA. VISIÓN FRANCISCANA DE LA MORAL. UN DECÁLOGO

JOSÉ LUIS PARADA NAVAS

RECIBIDO: 05/05/2023

ACEPTADO: 15/05/2023

RESUMEN:

I. El artículo presenta la relevancia de la Escuela franciscana en la visión moral. La moral académica expresa la importancia de los centros universitarios. La teología moral sigue siendo una moral del ideal tensional utópico al que ha de tender la vida del cristiano. Existe una estrecha vinculación y unidad entre la teología sistemática y la ética teológica. La teología moral es parte integrante del único saber teológico. La teología franciscana tiene su fundamento en la Palabra de Dios. En el corazón de la teología moral se encuentra el ser humano, su dignidad como persona y el modo en que la dignidad se manifiesta y se concreta en el actuar individual y social. El Decálogo de la visión franciscana de la moral expone una síntesis guiada para un acercamiento a la realidad de la moral.

PALABRAS CLAVE: Visión, Franciscana, Moral, Decálogo, Cristo

ABSTRACT:

The article presents the relevance of the Franciscan School in the moral vision. Academic morality expresses the importance of university centers. Moral theology continues to be a morality of the utopian tensional ideal towards which the life of the Christian must tend. There is a close connection and unity between systematic theology and theological ethics. Moral theology is an integral part of the only theological knowledge. Franciscan theology is founded on the Word of God. At the heart of moral theology is the human being, his dignity as a person and the way in which dignity is manifested and concretized in individual and social action. The Decalogue of the Franciscan vision of morality exposes a guided synthesis for an approach to the reality of morality.

KEYWORDS: Vision, Franciscan, Moral, Decalogue, Christ

Toda la reflexión teológica franciscana se fundamenta en el misterio y la realidad histórica de Francisco de Asís. (San Francisco de Asís, Escritos. Biografía. Documentos. J.A. Guerra). Francisco es “el hombre que amó todo lo que vive y alienta, el santo y admirado por los hombres de todos los tiempos, y canonizado por los credos religiosos más dispares (J. Álvarez, 295-296).

El franciscanismo ha sido una de las corrientes históricas de la vida cristiana más relevantes dentro y fuera de los ámbitos de la fe cristiana. La vida franciscana en sus varias expresiones hace presente la forma de vida del Evangelio. El franciscanismo “constituye todavía hoy una “sancta novitas”.

La teología moral se encuentra en una larga tradición eclesial. En el corazón de la teología moral se halla el ser humano, su dignidad como persona, y el modo en que la dignidad se manifiesta y se concreta en el actuar individual y social. Señalemos la gran historia de las intuiciones manifestadas por el cristianismo. Dio a luz un manantial de sabiduría y conocimientos acerca de la vida que se encuentran a disposición de todos y que arrojan una orientación en el centro de la variedad y complejidad de los problemas, cuestiones y avatares de la historia del ser humano, sus culturas, sus cosmovisiones. Los pensamientos personales y sociales están arraigados en la tradición. Los fundamentos de la teología moral alcanzan a la humanidad entera. El horizonte del espíritu se amplía para abrazar a todos los hombres de buena voluntad. Constatamos un diálogo ético universal en el que participan todos los humanos, creyentes y no creyentes, sea cual sea su convicción religiosa.

Los siglos XII y XIII, expresión de un gran movimiento religioso, posibilitaron una nueva creatividad y aires de renovación para la Teología Moral. Una de las aportaciones más relevantes fue la de las Órdenes Mendicantes de Franciscanos y Dominicos, que apostaron por un aprendizaje serio de la teología y el entusiasmo de la fe.

Desde el siglo XII se desarrolla una nueva forma de hacer Ética Teológica, que será el referente de lo que conocemos como Teología Escolástica.

Nos encontramos con una Teología Moral propia de los monjes, que manifiesta un estilo propio de reflexionar sobre la búsqueda de la perfección en los monasterios. Sintetiza en una sola cosmovisión la moral, la espiritualidad y la mística. La fuente principal de la ética teológica monástica es la Sagrada Escritura.

En la amplia reflexión teológica franciscana está el misterio y la realidad histórica de Francisco de Asís.

La escuela franciscana, iniciada por Alejandro de Hales, sobresale por su cercanía al agustinismo, el voluntarismo y el primado a Dios y al prójimo.

La visión de la moral franciscana presenta un carácter antropocéntrico desde un “cristocentrismo”. “La moral es la ciencia de lo que el hombre debe ser en función de lo que ya es” En esta comprensión se subraya el aspecto científico de la Moral. La moral no se reduce a una exhortación referencial para mejorar las costumbres, individuales o sociales. La moral es un estudio sistemático que tiene sus fuentes, sus principios propios, su metodología y sus conclusiones. En esta definición se subraya el aspecto tensional propio de la moral, entendida como comportamiento y su aspecto exhortativo. Tensión que señala el horizonte dinámico del ser hombre en el mundo y de ser hombre con los hombres. La bondad ética nace del ser del hombre y tiende hacerse de ese mismo hombre. Esta definición muestra el carácter personal de toda moral.

La teología moral nace de la Palabra del Dios Vivo: Atención que enraizada en una escucha al mensaje revelado. Atención que nace y se fundamenta en la experiencia de la comunidad eclesial. El don y el ejercicio del discernimiento que nos conducen a la fe y a la vivencia de la fe en la vida de los creyentes. Atención que potencia el “indicativo” del kerigma para seguir con el “imperativo” de la exhortación. Mostrar al cristiano lo que es, por gracia de Dios, para alcanzar lo que debe ser, siempre iluminado y apoyado por la fuerza del Espíritu. Atención que se expresa en la evangelización y el testimonio de un estilo de vida. La moral reflexiona sobre la vida de unos hombres que viven en un tiempo y en una cultura. Presta atención a la voz de Dios que se manifiesta en la historia. La teología moral se desarrolla en una cultura determinada, reflexiona sobre la situación concreta en la que vive, teniendo un talante dinámico y evangelizador. Para la reflexión teológica franciscana no existe una teología moral separada de la teología. Estudia la teología como un mensaje de salvación. La unión con Jesucristo, los dones de la fe, de la gracia y de toda la riqueza sacramental expresan la “enseñanza de la sabiduría”. La teología posibilita el estudio y vivencia de la Palabra de Dios. El teólogo moralista se afana en la búsqueda de la sabiduría, la expresa en la praxis con una conducta responsable y libertad responsable y se orienta decididamente a la Eterna Bienaventuranza. La visión franciscana de la moral tiene estos fundamentos: Moral Teocéntrica, Cristocéntrica, Verbocéntrica, Eclesiocéntrica, Antropocéntrica, Cosmocéntrica.

II. MORAL ACADÉMICA

Los franciscanos se hicieron visibles en los centros universitarios, por medio de “studia generalia de la Orden. Al “studium generale” de París cada provincia podía enviar dos hermanos: eran los “studentes de gratia”; además,

podían ser inscritos otros dos estudiantes a cargo de la provincia respectiva (studentes de debito). En la ciudad de Sena comenzó a configurarse una “escuela franciscana” en torno a Alejandro de Hales, que siendo maestro universitario, había pasado a la Orden franciscana. Fue San Buenaventura quien reconcilió el franciscanismo con el estudio.

La reflexión teológica se hace académica, se vincula a las cátedras y a la vida universitaria. Sin embargo, se comprende como “inteligencia de la fe” de la comunidad eclesial. El esfuerzo de la moral franciscana por centrarse en la vida fraternal es una constante esencial. Señalamos el carácter lógico, riguroso, sistemático y crítico de la investigación teológico moral, por ello reclama el carácter científico de la teología moral. La moral es ciencia de la fe y presenta una visión teocéntrica y cristiana del mundo.

El don de la fe le ofrece a la teología moral el contenido sobre el que ha de reflexionar. Existe una estrecha vinculación entre la fe y la racionalidad, lo que posibilita de un modo eficaz que la fe busca y potencia el diálogo con las culturas.

La teología moral franciscana se esfuerza por mantener su carácter preferentemente parenético y exhortativo. La moral es ciencia de las conclusiones a las que se llega a partir de la fe, pero de la fe de la comunidad eclesial. Por ello al teólogo franciscano, en un sentido estricto de su quehacer teológico, se le pide que esté animado por la fe, que esté enraizado en la comunidad eclesial, en el mundo de un modo vivo y comprometido, que reflexione y que ilumine sobre el camino de “homo viator”, peregrino, que viene de Dios y vuelve a Él.

La teología moral franciscana, con su rigor metodológico académico, se esfuerza en mantener la dimensión testimonial y comprometida con el hombre y con el mundo, presentando una moral espiritual de la Encarnación. Los teólogos franciscanos combinan con maestría el ámbito de las aulas con la predicación la Buena Noticia. Ellos formulan rigurosamente las afirmaciones teológicas para que tengan un asentimiento universal, sin olvidar la tarea de acompañar al hombre y a la comunidad. La teología moral franciscana consigue magistralmente tejer una coherencia lógica acerca de lo que hay que creer y lo que hay que vivir.

La teología moral sigue siendo una moral del ideal tensional utópico al que ha de tender la vida del cristiano. Existe una estrecha vinculación y unidad entre la teología sistemática y la ética teológica. La teología moral es parte integrante del único saber teológico.

San Buenaventura afirma que toda teología es en sí misma ética, en cuanto orientadora de comportamiento humano hacia la más íntima unión del hombre con Dios.

III. MORAL INSPIRADA EN LA SAGRADA ESCRITURA

La teología franciscana tiene su fundamento en la Palabra de Dios. El Concilio Vaticano II afirma que la Sagrada Escritura tiene que ocupar un lugar relevante en la reflexión moral cristiana. El reto conciliar no está fácil, supone evitar los riesgos del literalismo y del fideísmo. De las páginas bíblicas brota ese espíritu que promueva la reflexión moral y que lo libere de un excesivo legalismo. El imperativo ha de nacer del indicativo, la obligación de la gracia y el compromiso personal del don divino. El *Decretum de Institutione Sacerdotali* afirma que la “Sagrada Escritura es el alma de toda la teología” y que “la moral ha de alimentarse más de la Sagrada Escritura”.

La renovación teológica en la Edad Media alcanza su culmen en el siglo XIII, y en ésta época son bastantes los pensadores que renuevan la exégesis bíblica.

Francisco de Asís y Domingo de Guzmán son los que promueven una renovación. Renovación que consiste esencialmente en una “vuelta al Evangelio” y que proponen llevarlo a la práctica “a la letra y sin glosa”. Dos valores fundamentales son promovidos por los franciscanos: La vida de pobreza y la predicación “a la apostólica. La pobreza “privada del primer marido (Jesucristo), vivió más de mil cien años despreciada y oscura, sin que nadie le invitase”. Francisco de Asís ha sido el icono del movimiento de retorno a la Iglesia pobre de los orígenes. La predicación “a la apostólica” nos manifiesta que la vuelta al Evangelio además de la imitación de la pobreza radical de Jesús, nos conduce a la imitación de los apóstoles enviados por Jesucristo de dos en dos a predicar la conversión al Reino de Dios.

Este volver al Evangelio va influir poderosamente en la evolución de los estudios bíblicos. Los estudiantes del mundo profano universitario se acercan a los que “dispensan espíritu y vida.

Para la visión franciscana de la moral la exposición de la Biblia tiene un objetivo claramente pedagógico y didáctico: la predicación, porque “exponer y enseñar el Evangelio de Dios es predicar el Verbo Divino”.

La Sagrada Escritura ocupa un lugar fundamental en la teología franciscana. El prólogo del *Breviloquium* ilumina el paradigma de la reflexión franciscana para exponer la importancia central de la Biblia en la teología franciscana. Dos han sido los motivos que han dirigido al Doctor Seráfico para componer el *Breviloquium*. El primero es hacer comprender a los maestros que la doctrina revelada plenifica su contenido en la Palabra de Dios. La exposición de los santos padres y doctores necesita un acercamiento para ser comprendida por los nuevos teólogos, ya que es causa de desaliento, por ello compone el *Breviloquium*,

una “suma teológica”, “añadiendo brevemente a la exposición de la doctrina razones propias que faciliten su inteligencia”. El segundo motivo es para que los discípulos, jóvenes teólogos, excesivamente encandilados por las cuestiones disputadas, sentencias y pensadores del momento, que aparcen de sus reflexiones y disertaciones la Escritura, achacándole desconcierto e incertidumbre. San Buenaventura quiere iniciarlos en su metodología propia, exponerles los géneros literarios bíblicos y entusiasmarles por la Sagrada Escritura.

En la Escuela Franciscana el teólogo se afana en la búsqueda de la sabiduría, y la teología le posibilita el estudio de la Palabra de Dios, la expresa en la praxis con una conducta responsable moral y se orienta decididamente a la Eterna Bienaventuranza.

La Sagrada Escritura constituye un anuncio de la Buena Noticia que invita al hombre a dirigirse hacia Dios, la idea que supera todo perfeccionamiento humano. En este sentido podemos afirmar que la Escritura presenta una concepción moral. Contiene un conjunto doctrinal y da una orientación de vida para toda persona.

El fundamentar la teología moral en la Escritura no significa sólo recopilar textos, y buscar pruebas para fundamentar unas tesis preestablecidas. Significa, ante todo, exponer la buena nueva de la salvación manifestada en la Sagrada Escritura.

La obra del Doctor Seráfico revela las inquietudes teológicas y pastorales preocupado por darle a la Escritura su verdadero lugar en la enseñanza de la teología, introducir a los estudiantes, futuros predicadores y confesores en la profundización y estudio de la Palabra de Dios.

Para la teología moral franciscana el aliento moral bíblico es el núcleo y el criterio normativo de la moral cristiana. Preferentemente la praxis (hechos y dichos) de Cristo. Él es fuente de imitación y evaluación para los creyentes y obligada referencia para los creyentes y obligada referencia para los cristianos, pues la vida y actuación del MAESTRO sigue presente en la vida libre y responsable de los que le imitan y siguen.

La arqueología del pensamiento franciscano se articula en estas realidades: *Dios – Hombre – Mundo*. Las tres contempladas desde Cristo. El discurso teológico moral franciscano es “Teo-Cristo-Antropocéntrico”, porque cuanto más se eleva la especulación seráfica más se visibiliza la unidad, la síntesis y la reducción de todo lo existente por mediación de Cristo al Dios Creador.

La teología franciscana es absorbentemente cristocéntrica. Todo está plenificado por el misterio de Cristo. Toda verdad se nos da y revela con motivo de Cristo. San Buenaventura afirma que nadie puede salvarse sino tiene fe en

Cristo, y esta fe implica la creencia en su generación divina, y esa a su vez nos exige la revelación del Misterio Trinitario.

La alianza propuesta por Dios en el Antiguo Testamento señala continuamente hacia la gran promesa. Jesucristo. En Él y por medio de Él se establece la nueva y eterna alianza. Él es la nueva ley. En Cristo tenemos encarnadas la propuesta salvífica de Dios y la respuesta perfecta y total del ser humano. El cristocentrismo es el rasgo nuclear de toda la vida y la teología moral franciscana.

El Doctor Seráfico busca una ciencia que pueda contenerse en un solo libreo, y un solo libro resumible en una sola palabra. Ese libro y esa palabra son Cristo. Cristo verdadera libro de vida, depositario de todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, cuyo origen es eterno; su esencia, incorruptible; su meditación, deseable; su conocimiento, vida; su escritura, indeleble; fácil su doctrina; dulce su ciencia; inescrutable su profundidad; inefables sus palabras y todas sus palabras un solo Verbo. El cristocentrismo configura el discurso ético-teológico franciscano.

Si contemplamos a Cristo desde una perspectiva moral, surgen estas preguntas. ¿Quién fue?, ¿Qué dijo? Y ¿Qué hizo?. Y desde esta situación inicial iluminamos toda la vida del “homo viator”, peregrino.

Buscamos y deseamos conocer la relación del Verbo con el Padre y el Espíritu Santo, modelo ejemplar de comunitariedad, y desde ese horizonte relacional postulamos un ethos dialogal entre Dios y el hombre. Esta situación relacional práxica se expresa en el pensamiento bonaventuriano con las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, como dones gratuitos por parte del Creador a nuestro estado de viadores.

La fe, como la relación entre Dios que se revela como verdad liberadora, como Padre, en Cristo, y en amor y compasión; y nosotros, abiertos a la gracia del Espíritu Santo, posibilitando nuestra respuesta responsable libremente desde el hontanar de nuestro ser.

Esperanza, como promesa de Dios; y nuestra confiada respuesta moral a su plan de salvación. Benedicto XVI señala a San Buenaventura “mensajero de esperanza”. Dice el Papa:” ... encontramos una bella imagen de la esperanza en una de sus predicaciones de Adviento, donde compara el movimiento de la esperanza al vuelo de un ave, que extiende las alas lo más posible, y para moverlas emplea todas sus energías. Hace, en cierto sentido, de todo su ser un movimiento para elevarse y volar. Esperar es volar. Pero la esperanza exige que todos nuestro miembros se pongan en movimiento y se proyecte hacia la auténtica altura de nuestro ser hacia las promesas de Dios. Quien espera tiene

que elevar la cabeza, dirigiendo hacia lo alto sus pensamientos, hacia la altura de nuestra existencia, es decir, hacia Dios”.

Benedicto VI afirma que no es suficiente una esperanza cualquiera para afrontar y superar las dificultades del presente es indispensable una “esperanza fiable” que dándonos la certeza de alcanzar una meta “grande”, justifique “el esfuerzo del camino”. Sólo esta “gran esperanza-certeza” nos asegura que, a pesar de los fracasos de la vida personal y las contradicciones de la historia en su conjunto, nos custodia siempre “el poder indestructible del Amor.

Cuando nos sostiene una esperanza así no corremos nunca el riesgo de perder la valentía para contribuir a la salvación de la humanidad y “podemos abrirnos nosotros mismos y abrir el mundo para que entre Dios: La verdad, el amor y el bien”. Una llamada a “despegar las alas” de las esperanzas que nos empuja a ser incesantes buscadores de Dios, cantores de las bellezas de la creación y testigos de ese Amor y Belleza que “todo lo mueve”.

La caridad, como discípulos alimentados y formados por el propio amor divino, que en Cristo nos interpela a amarle como respuesta, haciendo posible nuestra participación gloriosa en la visión eterna. Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo. Jesús consagró y profundizó la Ley del Antiguo Testamento “Os doy un mandamiento nuevo, que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros”.

La visión franciscana de la moral expresa que el pensamiento cristiano, contemplando en la esencia del amor la llamada hacia el bien, se eleva hacia el amor supremo, en el que han de confluir los demás amores: es la caridad, el amor a Dios, al que tiene que encaminarse todo amor, incluso el amor de uno mismo, que será vano si se cierra excluyendo a Dios y al prójimo.

La revelación y su acogida por parte del ser humano se sintetiza en un diálogo de amor, en el que se conforman la fidelidad de Dios y la infidelidad del hombre. “Dios amó tanto al mundo que nos entregó a su Hijo único para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna”.

La caridad es comunión con Dios y los hermanos. “Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado a nosotros a su plenitud. En esto conocemos que permanecemos en él y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu”. La caridad es la que da valor divino a todas las virtudes.

San Buenaventura realiza una reflexión teológica profunda sobre el amor. Al amor caridad nos une a Dios en solo espíritu, y nos conduce a buscar descanso en Él. Transforma nuestro amor natural en todas sus dimensiones, nos hace amar a Dios por Él mismo, por encima de todas las cosas, y al prójimo por Dios

El personalismo franciscano, en la orientación constituyente de la persona como ser moral, el término ad quem revela el término a quo y desvela la relación de la persona humana a una Persona Absoluta.

IV. UN DECÁLOGO DE LA VISIÓN FRANCISCANA DE LA MORAL

El Centro es Cristo. La teología moral se manifiesta en una larga tradición eclesial. En el corazón de la teología moral se encuentra el ser humano, su dignidad como persona y el modo en que la dignidad se manifiesta y se concreta en el actuar individual y social.

1. MORAL DE CRISTO CAMINO VIVO

El libro de los Hechos de los apóstoles se llama al cristianismo como el camino (9,2; 18,25; 19,9.23; 22, 4; 24, 14-22). Un camino novedoso iniciado por Jesús, diferente del viejo camino diseñado por la ley. La senda de la libertad recorrida por cuantos aceptan la invitación de seguir y acompañar a Jesús. Camino del seguimiento de Jesús y camino del desarrollo y crecimiento del reino de Dios.

La metáfora del camino se utiliza para expresar realidades de relevancia con grandes significados: en las religiones de salvación; la mediación salvífica de Jesús se formula con la metáfora de camino; camino de perfección; caminar es una realidad histórico-biográfica y una transposición metafórica. Se considera como una de las metáforas singulares de la relación interhumana. Propio del camino es llevar al viandante de un lugar a otro sin error. La metáfora del camino sirve en la reflexión teológica para expresar significantes profundos de la cosmovisión humana.

El camino tiene también una significación ética. En la historia del hombre, una de las experiencias fontales es el caminar. Este caminar ofrece una riqueza pluriforme para el lenguaje de la metáfora del camino. En la visión franciscana de la moral, siguiendo al Doctor Seráfico, Cristo ejemplar y Cristo camino dice la misma realidad. El hombre desde su mismidad recorre ascensionalmente en su peregrinaje el itinerario hacia Dios mediante Cristo, y ello comporta un comportamiento moral responsable moral.

La Palabra ilumina la categoría de camino, y así se denomina al cristianismo como camino. Es camino intrínsecamente nuevo, recorrido por cuantos libremente aceptan la llamada de seguir al Maestro.

En el Antiguo Testamento, la metáfora del camino sirve para exponer los “planes o caminos de Dios” y para expresar la respuesta del hombre: el “buen” y el “mal camino”.

El nuevo Testamento utiliza la metáfora del camino con el sentido ético-religioso, tanto en los evangelios como en los otros escritos neotestamentarios.

El evangelio de san Mateo insinúa el esquema ético de los dos caminos, entretejidos por la metáfora de la puerta. Es en los escritos del cristianismo primitivo donde encontramos con claridad y desarrollo la parénesis de los dos caminos.

En la reflexión moral franciscana se presenta la imagen de los dos caminos, uno positivo-activo y el otro negativo-fácil. De ahí que el hombre tenga que discernir sobre su comportamiento personal y social desde Cristo. La vida moral está en el corazón de la experiencia del camino que entraña el seguimiento de Jesús de Nazaret. Cristo Camino es una invitación constante para recorrer el camino y experimentar libremente el seguimiento.

El cristiano es consciente de que, desde el principio, es llamado desde Dios y para Dios; por ello encuentra su existencia auténtica en una respuesta total a Dios. A la luz de la Palabra hecha carne que nos convoca a todos, contemplamos nuestra existencia como una palabra pronunciada y confirmada por Dios, en la que debemos alcanzar nuestra propia identidad convirtiendo toda nuestra vida en una respuesta a Cristo.

Según la visión moral franciscana, la conducta responsable tiene que traducirse en una vida ejemplar. La vida se mide desde el amor. San Buenaventura afirma que “arder sin alumbrar es poco, y alumbrar sin arder es vano, pero alumbrar y arder juntamente, eso es lo perfecto. El buen ejemplo centra la atención y la atracción de todas las almas ansiosas de vivir las virtudes. La palabra si no va respaldada con un comportamiento ejemplar es “árida y sin eficacia”. Este criterio moral expuesto con nitidez refleja toda la espiritualidad franciscana donde “la forma de vida” es nuclear.

La moral es una ética del itinerario. El itinerario del hombre se presenta como un silencioso caminar hacia la trascendencia. Para san Buenaventura es ciertamente un movimiento de la mente hacia Dios que se revela, pero un Dios que está ya dado al hombre. Entonces el itinerario no es tan un camino hacia Dios cuanto un camino en Dios hacia su interna desvelación e inteligibilidad. Pues el homo viator, buscador de Dios, de alguna manera ya presiente su encuentro. Dios, previamente a que la mente humana se ponga en camino, ya se ha presencializado a la conciencia. De aquí que el itinerario sea un camino de relación, encuentro y diálogo entre el creador y la criatura.

2. MORAL DE LA CARIDAD

Francisco proclama, promueve y vive la civilización y la cultura del amor. La escuela franciscana presenta la civilización del amor que está centrada en la persona, imagen y semejanza del Creador. El hombre está llamado a ser el protagonista de la historia, del trabajo, y del progreso, de la ciencia, de la técnica, del arte y de la cultura. La cultura del amor está impulsada por valores morales: Perdón, Tolerancia, Colaboración... Una civilización sin valores morales, se convierte en una sociedad “incivilizada”. La moral de la caridad tiene como fundamento el amor al prójimo y la justicia. El mensaje moral franciscano es una propuesta de salvación integral para todas las personas, una llamada a la fraternidad universal y la exigencia de la justicia en el mundo. El decálogo del amor propone: 1. El deber, sin amor, te hace estar de mal humor. 2. La responsabilidad, sin amor, te hace impalacable. 3. La justicia, sin amor, te hace duro. 4. La inteligencia, sin amor, te hace cruel. 5. La moral, sin amor, te hace hipócrita. 6. El orden, sin amor, te hace complicado. 7. El honor, sin amor, te hace avaricioso. 8. El poseer, sin amor, te hace avaricioso. 9. La fe, sin amor, te hace fanático. 10. Una vida, sin amor, no tiene sentido.

El amor es el sentimiento más importante de las personas. El amor es comprender, servir, dar, compartir, querer, respetar y convivir. A través del amor podemos compartir cosas buenas y malas con lo que nos rodea. En nuestra fraternidad gracias al amor, participamos de las alegrías y fracasos, cuando nos sentimos apreciados, respetados y comprendidos, mejoramos la convivencia y fomentamos el espíritu de fraternidad. El amor es silencioso, es paciencia, es don de sí, es creador, es recíproco, es el valor supremo, el amor fraternal cultiva el sentido de la responsabilidad, de cuidado, de respeto y reconocimiento. El amor de Dios es gracia, es fuerza y valor universal.

3. MORAL DE LA COMPASIÓN

La compasión es el deseo en nuestro interior de ver a los demás bien, de ayudarlos a ser felices, a que cumplan sus sueños y a que superen sus momentos difíciles. La comprensión es un valor que nace por amor y comprensión y no por pesar ni lástima. La compasión es ponernos en lugar del otro para ayudarlo en lo que necesite, sin juzgar ni criticar, sino con los brazos abiertos para amar y abrazar. Cuando te compadece de tus semejantes, no solamente aportarás cosas positivas a la vida de los otros, sino que también lograrás atraer el bien a tu propia vida. No es ayudar por conveniencia, sino ayudar desinteresadamente,

con el corazón. La compasión es ponernos en lugar del otro para ayudarle en lo que necesite, sin juzgar ni criticar., sino con los brazos abiertos para amar y abrazar. Cuando te compadece de tus semejantes, no solamente aportarás cosas positivas a la vida de los otros, sino que también lograrás atraer el bien a tu propia vida. No es ayuda por conveniencia, consiste en ayudar desinteresadamente, con el corazón. La compasión es un sentimiento que conmueve y a su vez duele y por ello tenemos la necesidad de ayudar, cuidar, proteger, salvaguardar, dar ánimo y fortaleza al que padece el sufrimiento. Es sentir, comprender el dolor del otro, ponerse a ese sufrimiento y hacer algo. La compasión está relacionada con el valor de la piedad. Uno de los sentimientos que más unen a la humanidad, ya que cada persona ayuda a las desgracias de la vida, nos acerca al otro, aunque sea un desconocido para hacer algo para ayudarle. La compasión es enemiga del egoísmo y el egocentrismo pues centra su atención en otra persona. La persona que es compasiva práctica deferentes valores como la bondad, la solidaridad, la cooperación. Este valor no es exclusivo del ser humano pues se han registrado casos donde distintos animales han realizado acciones para cuidar, proteger o ayudar a otro ser sin importar si es miembro de su comunidad incluso de su misma especie.

4. MORAL DE LA COMUNIDAD/FRATERNIDAD

San Francisco se da a sí mismo el nombre de hermano. El primero que utiliza “fraternidad” como mínima estructura (1 R 18; 2 R 8). El amor fraterno y materno constituye el almacén de la fraternidad. Las notas de la fraternidad desarrollan el amor al hermano, la pobreza y la fidelidad a la Iglesia. “Que en señal de mi recuerdo y de mi bendición, se amen mutuamente” (Test. Siena 3). El amor fraternal es un movimiento positivo que consiste en dar y ofrecer el perdón hecho misericordia y de saber soportar. En la primera Regla hay un capítulo entero el once (11) dedicado a las relaciones fraternas: sean mansos, pacíficos, sencillos, llenos de bondad, humildad y hablen bien. La fraternidad hacia dentro está formada por personas concretas con sus limitaciones. Francisco experimentaba esta realidad como un don de Dios y expresión del Sumo Bien. ¿Qué tenemos que hacer? Acudir al Evangelio, la forma de vida de Jesús. A) “Si quieres ser perfecto, anda, ...(Mt. 19,21). B) “No llevéis nada por el camino, cuando entréis en una casa saludadla con la paz” (Mt. 10,10). C) “El que quiera seguirme que cargue con su cruz y me siga” (Mc 8,34). La primera fraternidad franciscana se apoya en estos pilares: oración, trabajo, disponibilidad, pobreza, amor a la Iglesia, penitencia, conversión. La visión franciscana de la moral no

ignora el mal que anda en el corazón de la persona. Reconoce que el ser humano tiene que afrontar conflictos, que se hacen heridas y se producen sufrimientos mutuos. Francisco señala los males que amenazan a los hermanos y propone la sanación: guardar silencio, actitud humilde, no juzgar, no condenar, no criticar, tolerar al hermano, perdonar para recibir el perdón del Sumo Bien. Como cima del amor, la escuela franciscana considera el amor a los enemigos. La actividad de la fraternidad franciscana se visibiliza en el enfrentamiento entre el Obispo y el Podestá, en la división en Siena, la visita del Francisco al Sultán, el episodio del lobo de Gubio y las dificultades de la Orden en sus inicios. El estilo de vida de los hermanos era un verdadero movimiento de paz, una embajada de paz (I Celano 24). Los hermanos tengan como testimonio: A) Ser instrumentos de paz en las relaciones interpersonales y en las estructuras sociales. B) Afrontar los conflictos de forma no violenta. C) Ser promotores de la paz y el diálogo.

5. MORAL DE LA COMUNICACIÓN

La comunicación es indispensable para procurar y mantener las buenas relaciones en todos los ámbitos de nuestra vida, singularmente en la familia, en el trabajo y con las personas más cercanas. Entender y hacerse comprender, es un arte que facilita la convivencia y la armonía en toda nuestra vida. Una buena comunicación puede hacer la diferencia entre una vida feliz o una vida llena de problemas. El valor de la comunicación nos ayuda a intercambiar de forma efectiva pensamientos, ideas y sentimientos con las personas que nos rodean, en un ambiente de cordialidad y buscando el enriquecimiento personal y comunitario. La buena comunicación tiene algunas características fundamentales: escuchar con atención, no acaparar la palabra, evitar interrumpir, utilizar un lenguaje propio y moderado, lo cual demuestra educación y trato delicado hacia las personas. Elementos prácticos para lograr una verdadera comunicación: Interés por la persona o personas, saber preguntar, respetar el juicio de los demás. No es extraño la inconformidad, la crítica y el despotismo, inmersos en conflictos puntuales o permanentes. La comunicación efectiva es comprensiva, con descendiente y conciliadora para obtener los mejores frutos y estrechar las relaciones interpersonales. Sinceridad en el clima comunitario. Expresar lo que pensamos, sobre todo si sabemos que es lo correcto en temas que afecten a la moral, las buenas costumbres y los hábitos interpersonales. No debe detenernos para mostrar desacuerdo, superando el temor a quedar mal con la comunidad y finalmente vernos marginados. Tampoco es justificable callar para herir a alguien. Si deseamos el bien de los demás, procuraremos decir

las cosas con delicadeza y claridad para que descubran y entiendan nuestra rectitud de intención. Comprende los sentimientos de los demás. Evita hacer burlas, críticas o comentarios jocosos respecto a loque expresan, si es necesario corrige, pero no hagas sentirse mal. No se puede interpretar equívocamente los gestos, movimientos o entonación cono que se dicen las cosas, no olvidemos que hay personas que ponen demasiado énfasis al hablar. Primero pregunta antes de formarse un juicio equivocado. Observa el estado de ánimo de las personas cuando se acercan a ti. Todos nos expresamos diferentes cuando estamos exaltados o tristes. Así sabrás qué decir y cómo actuar evitando malos entendidos. En las conversaciones incluye temas interesantes, que sirvan para formar criterio o ayudar a mejorar a las personas. Las conversaciones superficiales cansan. Aprende a ser cortés. Si no tienes tiempo para atender a las personas, acuerdo otro momento para hablar. No existe medio más eficaz para vivir en fraternidad, en comunidad.

6. MORAL DE LA CORDIALIDAD

La cordialidad es el valor que nos permite entablar y mantener buenas relaciones con los demás. Cordialidad es u sinónimo de amabilidad, que representa la manera de establecer unos principios internos que nos conduzcan al tratar a los demás de buen modo. Una persona cordial es la que comprende las diferentes culturas y aplica el respeto para tratar a cualquier persona. Cuando somos cordiales, lo que hacemos es volver sólidas nuestras relaciones con las personas para así recibir por medio de la atracción el bien que anhelamos. La alegría de la gratuidad. Vivir con un sentido de gratitud y de gratuidad. La primera abre el corazón al agradecimiento hacia Dios. La segunda te ayuda a darte constantemente a los demás, sin prestar mucha atención al egoísmo. La gratitud emana de la experiencia consciente de lo que se debe a Dios, vivida cada día en largos momentos de oración y en pequeños instantes de contemplación. La gratitud engrandece el corazón. La gratuidad desarrolla la capacidad de amar, ayuda a salir de ti mismo y gozar las alegrías de la comunidad, de la relación de la creatividad. Relación con el Sumo Bien en la oración. A veces, nuestro estado de ánimo, a pesar de la felicidad sustancial, tiene zonas grises. Descubrimos pequeñas raíces de los dolores del alma que no dejan de fluir la alegría. Huecos del alma desde donde fluye y se pierde nuestra energía espiritual. Superar las tentaciones contra la alegría. Hay situaciones en que somos tentados contra la alegría, se llama pereza espiritual. Un rato de reflexión, una intensa oración, poner orden en la vida, te avisa que falta equilibrio en la vida. Algún

aspecto de nuestra vida (afectiva, oración, descanso, reflexión, fraternidad...) no ha sido suficientemente cuidado. Un toque de equilibrio devuelve la alegría. La belleza de las cosas pequeñas. La vida está llena de pequeñas alegrías y sorpresas: la liturgia bien vivida, el encuentro con los hermanos y las hermanas, el saludo gozoso, la llamada de personas, la comida, la higiene personal y el descanso, la vida espiritual. La alegría espiritual es la experiencia de una buena amistad con los santos del cielo y con los de la tierra. La amistad fraterna es una fuente de alegría, aunque ésta pasa por puntuales purificaciones. Un secreto de la alegría es la capacidad de vivir el momento presente, confiar en Dios, tener siempre los pies en la tierra, enfrentar los problemas uno por uno para permanecer con alegría. Alegría es ser uno mismo, creer en Dios presente y sentir que se está en el lugar donde Dios quiere que estemos, haciendo lo que El quiere que hagamos. Es verdadera alegría saber por experiencia que la lógica del evangelio funciona, que el Altísimo y Sumo Bien nos quiere siempre hijos humanos y alegres, resplandecientes de simpatía para volver al Señor Dios que es verdadera alegría infinita. Esta es la verdadera alegría.

7. MORAL DEL COMPARTIR

Vivir para los demás no es sólo la ley del deber, es también la ley de la felicidad. “El individuo que no se interesa por sus semejantes es quien tiene las mayores dificultades en la vida y causa las mayores heridas a los demás. De esos individuos surgen los fracasos humanos (A. Adler). La solidaridad es determinación firme y permanente de empeñarse por el bien común. (Juan Pablo II). La solidaridad no es un sentimiento por los males de las personas, sino una actitud clara de procurar el bien de todos y de cada uno. La solidaridad es un valor esencial de la persona, estamos hechos para vivir con los demás. La solidaridad se fundamenta en la igualdad de todos ante Dios y en la unidad. La solidaridad la entendemos en clave de principio ético de actuación y de conformación de la propia existencia que no se pliega sobre sí misma de modo individualista sino, al contrario, se desarrolla en el seno de la realidad asimétrica que configura al género humano. Por ello, el principio ético de la solidaridad puede y debe afrontarse desde la perspectiva de lo que se denomina personalismo solidario (A. Cortina). La solidaridad puede describirse en términos de convergencia de tres momentos complementarios: es una reacción contra la injusticia y el sufrimiento; b) es un estilo de vida que pone en juego todas nuestras posibilidades y que repercute en nuestro proyecto vital y c) es una determinación para aceptar los procesos que tratan de erradicar las causas que

generan situaciones donde la persona vive como no-sujeto. La solidaridad la comprendemos desde el encuentro. La solidaridad se configura como ámbito de diálogo con la realidad. La solidaridad es un itinerario personal y comunitario de encuentro, éxodo y liberación.

8. MORAL DE LA CONVERSIÓN

La conversión significa un cambio de valores en la vida de Francisco que le llevó a una opción por un estilo de vida evangélico. Francisco poco a poco va transformándose en su interior que tiene como elementos esenciales: a) un cierto desencanto, b) la caridad con los pobres y c) la aspiración a algo distinto. Momento crucial en la vida de Francisco, el encuentro con un leproso. El leproso en la edad medio es el prototipo del marginado social, sin ninguna asistencia médica, viviendo fuera de las ciudades. Francisco en el Testamento 1-3 dice lo que supuso para él este encuentro. Francisco buscando a Cristo dialogó cara a cara con Él en San Damián (TC 13) “Ya no necesito más: conozco a Cristo pobre y crucificado” ((2 Cel 105). ¿Qué significa la Cruz para Francisco? En el monte Alvernia recibe en su cuerpo las llagas de Jesús (TC 69) contemplamos el final de un proceso de meditación, oración contemplación y vivencia de la fe en la Pasión y en la Cruz de Jesús. Todos los escritos de Francisco contemplan esta dimensión espiritual de la Cruz de Cristo. La vida de Francisco ha nacido en el Pesebre (el Verbo se hace Carne) y en la Cruz (el Verbo se hace Sangre). En el Pesebre y en la Cruz obtiene la fuerza para vivir con alegría toda clase de renunciaciones. La Cruz es el punto de partida y meta de Francisco. En Jesús crucificado encuentra sus energías espirituales y aquí está centrado todo su proceso personal. Contemplamos en Francisco una conversión progresiva, recubierta en un silencio integrador, sufriente. La Cruz de Jesús confirma su opción por el marginado y las consecuencias posteriores. “Francisco (nombre) Anda(misión) Restaura mi casa que como ves (decisión personal, no hay suplantaciones) amenaza ruina”. La respuesta es radical “Con mucho gusto voy”. FIAT. En Spoleto cambia la cabeza, en el encuentro con el leproso, cambia el corazón y en san Damiano cambia su comportamiento, su vida.

9. MORAL DEL COMPROMISO CON LA IGLESIA Y CON EL MUNDO

La fraternidad franciscana está vinculada a la Iglesia, no es simple formalidad jurídica, sino una convicción de fe. La relación de comunión con la Iglesia garantiza la autenticidad de la fe católica. Francisco conocía bien a los

representantes máximos de la Iglesia, Inocencio III, Honorio III, el cardenal Hugolino, luego Gregorio IX y otros clérigos y religiosos (1 R 20, 3 Regla Bulada cap. 1 y 12. Testamento 6-9; Testamento Senia 5). San Francisco se preocupa de la ortodoxia de los hermanos y les pide “que sean católicos, vivan católicamente y sean expulsados de la fraternidad los que se apartan de la fe y vida católica (1 Regla 19,1-2, Testamento 31). Los responsables de la fraternidad “que se aseguren de la fe católica de los candidatos” (2 Regla 2,2). Francisco procuró que la Iglesia aprobara su estilo de vivir el Evangelio. Se dirigió a Roma y el Papa Inocencio III aceptó el estilo de vida fraterno, sencillo y eclesial de los hermanos menores. Que los hermanos proclamen la Buena N Noticia con un estilo de vida evangélico (Testamento 14-26). Francisco y sus primeros compañeros/hermanos van a Roma porque su camino cristiano no sería nada si no contaban con la Iglesia, única garantía de la verdad. Contempla a la Iglesia como misterio y ámbito de la fe, por ello ruego al Papa la aprobación de su estilo de vida. Vuelve de Roma con el gozo de ver confirmado su estilo de vida por la Iglesia. Francisco ve con claridad que una fraternidad como la suya que se empeñaba en vivir en pobreza y sin privilegios, tiene que volver a Roma varias veces y solicita la ayuda de un “Cardenal protector”, el cardenal Hugolino de Ostia (TC 65). Una iglesia de las relaciones fraternas, una iglesia que se alimenta de la palabra, una iglesia de la ayuda mutua, una iglesia que celebra la vida, una iglesia de la piedad popular y una iglesia misionera.

10. MORAL DE LA COMUNIÓN CON DIOS, CON LOS HERMANOS Y LA NATURALEZA

La creación es el lenguaje del Dios de la Vida. La mirada de Francisco hacia las criaturas es una mirada cerca y profunda, tiene una capacidad especial para la comprensión de la creación. La creación se orienta hacia Dios y lo señala como la fuente de su existencia y se orienta hacia la persona y se expresa como un libro abierto del creador. Las criaturas se convierten en don y presencia de Dios. Una presencia activa, benévola. Francisco transmite un mundo de providencia, en el que cada ser, vivo o inanimado, agradable o repugnante, puede ser descubierto como camino de gracia hacia Dios. Francisco contempla en la “madre tierra” las huellas del creador. Trata con delicadeza a los seres vivos, unidos a ellos y llamándolos siempre hermanos. Llamar hermano a todo ser es un estilo propio franciscano. Francisco, hermano universal. Ninguna actitud de agresividad, ni de maldad, ni malos tratos. La actitud franciscana promueve: “Respetar la tierra que pisas”. El estilo franciscano agradece a Dios el don de la creación

y se convierte en defensor del medio ambiente. Se sitúa ante la naturaleza con respeto, defensa y protección. El ser humano como administrador del Dios de la vida, y El no destruye, sino que crea y construye. Francisco es el símbolo de una actitud de armonía, encuentro, relación y fraternidad entre el hombre y la madre tierra.

BIBLIOGRAFÍA

- Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes; Optatam totius*.
Benedicto XVI, encíclica *Spe Salvi*, 30 de noviembre 2007.
San Francisco de Asís, *Escritos, Biografía*. Documentos de la época. Edición preparada por J.A. Guerra (Madrid 1993) 5ª edición.
San Buenaventura, *Itinerario de la mente hacia Dios, Obras de San Buenaventura*, tomo primero y tomo tercero, BAC, Madrid 1988.
Álvarez, A.: *Historia de la vida religiosa*, II, Madrid 1989, 262-296.
Martínez Fresneda, F. -Parada Navas, J.L.: *Teología y moral franciscanas*, ed. Espigas, 2002, 159-170.
Merino, J.A. -Martínez Fresneda, F.: *Manual de teología franciscana*, BAC, 2003
Parada Navas, J.L.: *Fundamentos de la Teología moral franciscana*, *Carthaginensia* 18(2002) 299-319.
Vidal, M.: *Historia de la teología moral y espiritualidad medieval* (ss. VIII-XIV) pp 449-521.